

CAPÍTULO VII

AL AÑO DE MATRIMONIO

Vamos á París, lector amigo, á encontrar á la señora de Benavente, que así se llama Dolores Herrera desde hace un año que ha pasado desde mi capítulo anterior.

El París de 1852 no era, por cierto, el París de hoy: por mí sé decir que el de hoy me encanta, y lo afirmo después de haber vivido en él bastante tiempo.

Á los que por aquella época estuvieron, he oído decir que les encantaba igualmente. París ha encantado siempre: esta populosa villa es el hada del placer y de la locura.

La alegría, la pasión, la vida, están allí en el ambiente, y se suben al cerebro como una deliciosa embriaguez.

La civilización es un néctar para ciertas organizaciones privilegiadas, pero un veneno mortal para quien no tiene muy segura la cabeza, la ra-

zón muy recta y muy severa, y el corazón muy puro. Con estas armas se puede vivir en cualquiera parte, y no hay que temer á los miasmas de París.

Pero en aquella época vivían allí algunas personas amigas nuestras que no tenían ninguno de estos preservativos, y que habían cedido al influjo de aquella atmósfera cargada de perfumes emponzoñados.

Antes de ir en busca de Dolores, á la que tal vez no podremos hallar hasta el capítulo siguiente, vamos, lector amigo, á un lindo y pequeño palacio situado en la calle de Rívoli, y cuyo exterior, del tiempo del Renacimiento, le daba el aspecto más precioso que se puede imaginar. Como á las tres de una bella tarde de Marzo, un bonito cabriolé se detuvo á la puerta de aquel encantador edificio, y un elegante joven bajó de él casi sin tocar al estribo.

El portero sacó la cabeza por el ventanillo de su bien acondicionado retrete, cerrado con cristales como el despacho de una botica, y saludó con rendimiento al que subía.

Acto continuo anunció con la campana, y de un modo particular, la llegada del caballero.

Antes de que éste llegase á la mitad de la esca-

lera, se oyeron pasos precipitados y se abrió con estrépito la puerta de la habitación.

Aquel joven era el amo de la casa, y nosotros le conocemos, pues se llamaba el Conde de Elvén.

Cruzó la antecámara con paso rápido, y dijo al criado que le había abierto la puerta:

—Juan, que desenganchen: volveré á salir, pero á pie.

El criado se inclinó, é iba á marcharse; pero su amo le detuvo con una seña.

—¿Ha salido la señora Condesa?—le preguntó.

—No, señor Conde—respondió el criado:—se halla en el salón.

Sin hablar más palabras, el Conde siguió adelante, cruzó dos ó tres antecámaras más, amuebladas con esplendidez, y en las que había algunos criados, y se halló en el salón, cuya cortina de terciopelo levantó con respeto uno de los lacayos.

Hallóse entonces enfrente de su mujer, á cuyo lado, y sentado con una familiaridad poco respetuosa, había un hombre que vestía el uniforme de coronel.

Rita Ponce, Condesa de Elvén, se hallaba en los diez y nueve años de su edad, y en su figura delicada había un aire tan infantil y afeminado,

que aún no se le concedía tan escasa suma de días sobre la tierra.

Reclinada indolentemente en un ancho y cómodo sillón, jugaba con un frasquito de cristal de roca con tapón de oro, que pendía de un brazalete colocado en su muñeca derecha; sus diminutos pies se cruzaban sobre un almohadón de Argel bordado en sedas.

Su cabeza, que parecía abrumada por el peso de sus hermosos cabellos negros, estaba mimosamente inclinada hacia el hombro derecho.

Vestía de seda azul, lo que decía maravillosamente con su tez de nieve, muy blanca por sí misma y realizada además por un delicado blanquete.

Pintados igualmente estaban los extremos de sus rasgados ojos negros y sus finos labios; más que á una mujer, se parecía Rita á una de esas delicadas figuras que nos representan los grabados de modas.

—¡Ah!; ¿eres tú, querido?—dijo al ver á su marido, con voz dulce, quebrada y llena de afectación.

El coronel se levantó para saludar al Conde; pero éste pasó por delante de él, y le dijo fríamente:

—Buenos días, caballero.

Luego, acercándose á su esposa, prosiguió:

—Querida Rita, ponte el sombrero, y vamos.

—¿Adónde?—preguntó lánguidamente Rita, y sin levantarse de su sillón.

—Al Bosque: ya sabes que esta mañana quedamos en eso.

—Sí; ¡pero estoy tan atacada de los nervios!—respondió la Condesa, dirigiendo al Coronel una mirada de inteligencia.—Mi querido amigo, dispénsame...; me hallo indispuesta, y no puedo salir.

—El aire libre te hará bien.

—Podrá ser; pero no tengo ánimo para ir á buscarlo... Haré abrir los balcones; vete solo al Bosque.

Estas réplicas, hechas en tono dulce y mimoso, tenían, sin embargo, un acento tal de negativa, que el Coronel presintió alguna escena desagradable, y se levantó para marcharse.

Era un hombrón de seis pies, de formas atléticas y largos bigotes rubios.

Saludó, y se dirigió á la puerta, sin que el Conde le mirase siquiera.

En cambio, la delicada Rita siguió al Goliath con una mirada llena de interés.

Así que salió el Coronel, la cólera de Gonzalo estalló como una explosión.

Sus facciones, siempre bellas y correctas, se vistieron de púrpura; sus ojos despidieron llamas; acercóse á su esposa con aire amenazador, y le dijo con ira:

—¡Ya he dicho á usted, señora, que no quiero que reciba á ese hombre!

—¿Y por qué?—preguntó Rita dulcemente.

—¡Porque no me gusta!

—Esa es una razón para que no le recibas tú, pero no para que me prives á mí de recibirle.

—¡Pues le prohibo á usted que vuelva á verle!

—Siento mucho la prohibición, porque no podré obedecerla.

—¿Es decir, que seguirá ese hombre entrando en mi casa contra mi voluntad?

—¿Qué remedio? Ese es el mundo, amigo mío: á mí tampoco me agradan muchas cosas; ¿pero hemos de echar las gentes á la calle?

—Cuando molestan, sí; y eso es justamente lo que haré con el Coronel y con ese americano.

—¿También te es antipático el señor de Benavente?

—En sumo grado. Señora, las coqueterías de usted están repartidas entre esos dos hombres,

á ninguno de los cuales puedo sufrir. ¡No quiero que vuelvan aquí, y no volverán!

—¡Otro tanto podría decir Benavente de usted, caballero!—observó Rita, que se irguió con soberbia después de tan largo debate.—También podía detestar á usted como antiguo adorador de su mujer.

—Hace ya mucho tiempo que lo fuí, y él sabe que en el día no trato de verla. Esa es una excusa muy pueril, señora, y aseguro á usted que no me hace olvidar mi resentimiento por la ligereza de su conducta.

—Amigo mío—dijo Rita volviendo á su desdenosa dulzura,—me duele la cabeza y estoy fatigada de tanta disputa: te suplico que me dejes tranquila.

—¿Te obstinas en no salir?

—Sí por cierto.

El Conde tomó su sombrero, y se marchó sin decir una sola palabra más, dirigiéndose á los jardines de las Tullerías, donde se encontró con algunos amigos, y tuvo que ocultar con una sonrisa la mortal inquietud de su espíritu.

Por fin, aquel fingido sosiego llegó á ser verdadero, y se fué á comer al club, donde ahogó sus pesares con algunas copas de vino del Rhin.

Poco después de haberse marchado él, la cortina del salón volvió á levantarse, y el lacayo de la antecámara anunció:

—Monsieur Florestán de Benavente.

El americano no había perdido su agradable aspecto: sus ojos estaban negros y brillantes; sus cabellos se conservaban negros también; su talle era de una elegancia perfecta. Sólo Dolores hubiera podido decir cuánta decrepitud física y moral se ocultaba bajo aquel perfumado exterior.

Dolores le aborrecía ya. Rita le había dado uno de tantos afectos de pocos días como llenaban su vida frívola y sin objeto.

En cuanto á él, amaba con la primera pasión verdadera que había abrigado, á aquella joven delicada como un junco, perezosa como una criolla é inconstante como una mariposa.

Viéndola tan débil, que hubiera podido aplastarla con un dedo, hacía tres meses que venía siendo la víctima de todos sus caprichos.

Sus mimos, su coquetería inofensiva, el cuidado que ponía en su persona, su carácter de niña consentida, le volvían loco á él, antiguo veterano en lides amorosas, azote de todas las mujeres de gran mérito, y que jamás había creído en el poder del amor.

El americano se sentó al lado de la joven Condesa, tomó su mano y la besó, reteniéndola entre las suyas.

—¡Qué ojeras tiene usted, Rital—dijo luego mirándola atentamente:—¿está usted enferma?

—Lo que estoy es cansada—respondió ella llevando á la frente la mano que tenía libre:—acabo de tener una reyerta con mi marido.

—Y yo—dijo Florestán—otra con mi mujer. ¡Oh, qué insoportable yugo! Á no ser por mi hija...

—¡Ah, sí! ¿Usted tiene una hija?—exclamó Rita.—¡Cuánto me gustan los niños! Quisiera verla.

Y aquella imaginación infantil produjo en el acto pensamientos dulces, porque todo el semblante de la Condesa se iluminó con los rayos de una cándida y verdadera alegría.

—Se la enviaré á usted mañana—dijo Florestán.

—Pero ¿querrá su madre?

—No querrá, pero querré yo.

Aquella contestación y el tono con que fué dada, anunciaban una terrible reyerta doméstica, en la que la víctima debía ser la pobre esposa; pero Rita no hizo alto en esto, y preguntó:

—¿Cómo se llama su hija de usted?

—María de la Luz—respondió Benavente.—En América hay muchas de este nombre; me agradaba, y se lo puse: le está muy bien, pues aunque sólo cuente tres meses, es hermosa como un rayo de luz.

—Y la otra... ¿sigue con mi hermana?—preguntó Rita poniéndose colorada.

—¿Quién, la hija de Dolores? Sigue con la romántica Marquesa, porque ningún otro apoyo tiene en el mundo.

—¡Pobre criatura!—murmuró Rita.—Yo no tengo hijos, y si su padre no se opusiera, me la traería.

—¡Usted!

—Sí; más compasiva que sus propios padres, yo me haría cargo de su suerte.

—¡Usted, Rita, es un ángel!—exclamó con entusiasmo Benavente.—Cosa extraña es, en efecto, que usted y yo hayamos deseado proteger á esa pobre criatura, y que ni su padre ni su madre hayan pensado en sacarla de su destierro. Á decir verdad, esta prueba de duro corazón de mi mujer empezó á desiluzionarme respecto á ella: yo quise amparar á su hija, y ella no lo consintió.

—Otro tanto me sucedió á mí respecto al Conde—dijo Rita:—cuando Berta me escribió el

abandono de esa niña, traté de que la trajese, y él se negó á ello. «No—me respondió:—te amo demasiado para imponerte el tormento continuo de su vista. Jamás la desatenderé, pero que viva lejos de nosotros.»

Esa conducta me pareció fríamente odiosa, y me dije: «Pues que esto hace con su hija, ¿qué puedo yo esperar pasado su primer entusiasmo? Cerremos el corazón al amor para no sufrir, porque las penas alteran el rostro y vuelven malo el carácter.»

Rita dijo todo esto jugando con su pomito, que de cuando en cuando llevaba negligentemente á su fina nariz para aspirar la delicada esencia que contenía.

Luego continuó:

—He visto á su esposa de usted hace pocos días, querido Florestán, y me ha parecido bellísima; su hermosura es tan perfecta, tan interesante, que debe hallar muy pocas rivales aun en París.

—No le niego yo su hermosura—respondió el americano,—y tanto menos puedo hacerlo, cuanto que con ella me cautivó hasta llevarme al altar. Pero hay en ella algo que me espanta y me hiela al mismo tiempo. Además, su natural im-

petuoso y dominante se aviene mal con el mío, que lo es también... Rita, sólo de los contrastes vive el amor, y la debilidad es para mí el mayor de los atractivos. Dolores es hoy una de las mujeres más distinguidas que yo conozco; me he complacido en cultivar sus naturales disposiciones para la música, para la pintura, para los idiomas: de todo ha tenido maestros, y su educación es perfecta; sin embargo, yo no la amo, y á ser más dado á preocupaciones, á tener otro carácter, el lazo que nos une estaría ya convertido en un nudo que me estaría ahogando, y que trataría de desatar; por fortuna, no es así, y veo con satisfacción que Dolores empieza á vivir á su gusto: come sola, sale sola y recibe á quien quiere; esta libertad es la única que puede conservar la paz entre nosotros.

Florestán, al llegar aquí, miró á la Condesa, cuya superficialidad natural, cansada de escuchar tanto rato, había buscado una postura cómoda: reclinada en su sillón de modo que estaba en él como acostada, había apoyado la frente en la mano y parecía abrumada de fastidio.

Benavente, á pesar de la dureza de su carácter, no sintió ningún acceso de cólera á la vista de aquel despreciativo silencio: sólo una tristeza pro-

funda se pintó en sus facciones, y se acercó tímidamente á aquella linda muñeca que le dominaba tan por completo.

—Rita—le preguntó con ternura,—¿está usted enferma?; ¿la molesto acaso?

—Tengo jaqueca—respondió la joven.

—¿Quiere usted que me retire?

—Sí...; deseo estar sola y descansar.

—Adiós pues, Condesa—dijo tristemente Florestán.—Volveré á la noche.

La joven le contestó sólo con un lánguido movimiento de cabeza. Florestán salió, volviendo dos ó tres veces la cabeza para mirarla, como si la desdeñosa criatura tuviera para él atracción irresistible.

FIN DEL TOMO PRIMERO